

De eso no se habla. Claves para re-pensar las relaciones entre comunicación y política

That is not spoken. Keys to re-think the relations between communication and politics

Jorge Iván Bonilla

Universidad Eafit, Medellín, Colombia

Resumen

Este artículo propone una aproximación a las relaciones entre la comunicación y la política a partir de un doble desplazamiento. Por una parte, plantea la necesidad de ampliar estas relaciones más allá de los límites del campo político electoral y de las instituciones de la democracia representativa, de modo que sea posible incluir las opacidades y las “zonas grises” de los sujetos, los discursos y los conflictos no tenidos en cuenta por la concepción más “oficial”, tanto de la esfera pública como del discurso político y la comunicación. Por otra parte, elabora una agenda de discusión en la cual se proponen algunos temas de interés para la comunicación política, en contextos caracterizados por el uso arbitrario del poder, los conflictos y las violencias, que son en buena parte los que enmarcan la producción, la circulación y la recepción de la política en un país como Colombia.

Palabras clave: comunicación, política, esfera pública, conflicto armado, violencias.

Abstract

This article proposes an approximation to the relations between the communication and the politics from a double displacement. On one hand, presents the need to expand these relations beyond the limits of the electoral political field and of the institutions of the representative democracy, so that be possible to include the opacities and the “gray zones” of the subjects, the speeches and the conflicts that are not considered by the more “official” conception, both of the public sphere as of the political speech and the communication. On the other hand, it elaborates an agenda of discussion in which some themes of interest for the political communication are proposed, in contexts characterized by the arbitrary use of the power, the conflicts and the violences, that are in good part the ones that frame the production, circulation and reception of the politics in a country as Colombia.

Keywords: communication, politics, public sphere, armed conflict, violences.

Recibido: septiembre de 2007. Aprobado: Octubre de 2007

* jbonilla@eafit.edu.co, Profesor Departamento de Humanidades

En el múltiple y complejo ámbito de las disciplinas sociales que tienen por objeto estudiar las relaciones entre la comunicación y la política existe un denominador común que suele darle densidad a esta relación a partir de la prioridad que obtiene la acción política abierta. Hablamos de esa escena abierta, locuaz y manifiesta donde se expresan tanto las acciones, estrategias y proyectos de quienes tienen a cargo la gestión de lo público, como las demandas de participación política con el propósito de que los ciudadanos se formen una opinión y se expresen en la esfera pública¹, lo que, en otras palabras, se traduce en la concepción liberal de la opinión pública.

A esta dimensión explícita de la comunicación y a dicha organización formal de la acción política no ha escapado la denominada comunicación política², como quiera que se trata de un concepto que desde sus orígenes académicos ha girado alrededor de problemáticas relacionadas con el sistema político, la esfera pública, la opinión pública, el periodismo, los medios de comunicación y las libertades y derechos vinculados con los valores de la información, la expresión y la autonomía en las democracias liberales modernas. Según esta perspectiva, lo sustantivo de la comunicación política sería el estudio de las interacciones consensuales y/o conflictivas entre los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre la política: las instituciones y agentes políticos, las instituciones y agentes mediáticos y la opinión pública, a través de las encuestas de opinión³.

Se trata de una perspectiva analítica que incluso ha sufrido desplazamientos importantes, como aquellos que llevan a reconocer los procesos de mediatización de la política, esto es, las dinámicas mediante las cuales los medios de comunicación y las tecnologías audiovisuales se constituyen en actores, escenarios y dispositivos fundamentales de la producción, circulación y recepción de palabra política⁴, pero no solo en términos de su “amplificación” (que es como tradicionalmente se entiende el lugar que ocupan de medios en la política: ampliar-difundir la palabra de los políticos), sino como nuevos circuitos de almacenamiento y flujo informativos que intervienen con sus lenguajes y estéticas en la producción

1. Esta vía para entender las relaciones entre la comunicación y la política hunde sus raíces en la teoría liberal de la esfera pública, cuyo modelo de comunicación está basado en el intercambio codificado e igualitario entre sujetos racionales que tienen la legitimidad y el conocimiento para participar e intervenir, en condiciones de equidad, en los problemas comunes –los asuntos públicos– de la sociedad, a través de intercambios discursivos, cara-a-cara, que tienen presencia en un lugar compartido. Véase Habermas (1981); Del Rey Morato (1996).
2. Para una ampliación de este concepto, véase Bonilla (2004, pp. 85-94), Gauthier, Gosellin y Mouchon (1998), Monzón (1996).
3. Tal es la concepción que puede encontrarse en autores como Wolton (1992, pp. 28-46).
4. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Thompson (1998) y Verón (1998, pp. 220-236).

de sentido político (Verón: 1992, pp. 124-139), en una época de creciente expansión de lo social, complejidad urbana y regulación tecnológica de la existencia.

Pero, entonces, ¿qué sucede con los conflictos, actores, prácticas y procesos sociales que no se ajustan a estas coordenadas de la reflexión? Esto para decir que los límites del modelo hegemónico de la comunicación y la política se rebasan cuando se trata de pensar en otros sujetos sociales que no son solo las instituciones de la democracia representativa: los partidos, los gobiernos, los políticos, los periodistas y la opinión pública, así como en otros discursos y dinámicas de dominación y resistencia que no provienen solo de las contradicciones codificadas producidas por el intercambio de discursos entre los actores sociales, políticos y culturales que tienen legitimidad para expresarse y aparecer en la esfera pública⁵. Esto lleva a que el modelo de lo abierto, locuaz y manifiesto se desajuste y termine desbordado por los márgenes, las opacidades y las “zonas grises” de los sujetos, los discursos y los conflictos no tenidos en cuenta por la concepción más “oficial”, tanto de la esfera pública como del discurso político.

Algunas pistas para redimensionar esas otras fronteras entre la comunicación y la política las ofrece una serie de autores⁶ que, o bien se han dedicado a estudiar las relaciones de dominación y resistencia en sociedades donde los poderosos ejercen un estricto control sobre la palabra pública y el comportamiento de los subordinados, o bien han centrado su interés en el ámbito de los estudios sobre el poder, la cultura popular, la vida cotidiana y las tensiones entre lo público y lo privado en las sociedades desiguales que vivimos. A esto se refiere James Scott cuando afirma:

Siempre que limitemos nuestra concepción de *lo político* a una actividad explícitamente declarada, estaremos forzados a concluir que los grupos subordinados carecen intrínsecamente de una vida política o que esta se reduce a los momentos excepcionales de explosión popular. En ese caso omitiremos el inmenso territorio político que existe entre

-
5. A este respecto Nancy Fraser cuestiona la idea según la cual la legitimidad política y social para expresarse en la esfera pública solo la tienen los sectores configurados por la cultura dominante y por las estructuras de poder de la sociedad. Para Fraser (1997, pp. 95-133), esta es una concepción que refuerza la dominación hegemónica de la sociedad, desconociendo, por ejemplo, que las contradicciones no se verifican exclusivamente en la esfera pública entre ciudadanos iguales entre sí, sino, también, en la política de la vida diaria (incluidas las mujeres, los jóvenes y las diversas subculturas) que también son “localizaciones” de contiendas insuperablemente unidas. ¿Qué pasa entonces con aquellos participantes a quienes el *nosotros* no incluye adecuadamente a partir de formas de deliberación centradas en cierto tipo de asuntos y problemas?
 6. Aquí puede mencionarse a autores como Mijail Bajtin, Michel de Certeau, Barington Moore, James Scott, Jesús Martín-Barbero y Nancy Fraser, entre otros.

la sumisión y la rebelión y que, para bien o para mal, constituye el entorno político de las clases sometidas (Scott: 2000, pp. 233-234)⁷.

Según Scott, en contextos donde el ejercicio del poder se caracteriza por la naturalización de la desigualdad social y el uso del miedo y el terror por parte de quienes detentan dicho poder, los actores de la vida social y política no reducen sus intervenciones al escenario público. Más allá de las formas aparentes de hegemonía, existen prácticas cotidianas que van desde los procedimientos de encubrimiento lingüístico y las técnicas anónimas, que Scott (2000, p. 167) llama “las artes disfraz político” (ritos de inversión, chismes, rumores, eufemismos, refunfuños y cuentos populares, entre otros), hasta la creación de espacios sociales de actuación, detrás de la tribuna pública, donde las clases subordinadas producen un discurso oculto de resistencia a la dominación y unas prácticas materiales y simbólicas dirigidas a renegociar discretamente las relaciones de poder.

Hay, por tanto, una comunicabilidad de la política que no pasa necesariamente por el espectro visible del discurso oficial, la escena pública y el enfrentamiento directo con el poder; al contrario, sus agentes, dialectos y códigos transitan por territorios más anónimos y discretos de la comunicación y la política, habitados por las manifestaciones lingüísticas y gestuales, los discursos sociales y las prácticas cotidianas de los hombres y mujeres que han sido humillados y ofendidos, silenciados y excluidos, y que, por lo mismo, sufren severos defectos de habla ocasionados, más que por su incapacidad para expresarse correctamente en la esfera pública o de practicar modos más avanzados de acción política, por las limitaciones políticas a las que están sometidos. Hablamos de los ámbitos más discretos del conflicto político a los que Scott denomina con el término de *infrapolítica* (Scott: 2000, p. 217): ese continente sumergido de la acción política visible que contiene los cimientos culturales y estructurales de las conquistas políticas que, tarde o temprano, irrumpirán en la escena pública gritando todo aquello que fue obligado a callar.

Me propongo abordar estas reflexiones a partir de las relaciones que pueden cotejarse entre la denominada comunicación política, el conflicto armado y las violencias en Colombia. El argumento que sostengo es que en el actual contexto de violencia generalizada que vive el país, pero, sobre todo, en aquellos territorios de la geografía nacional que son teatros permanentes de las disputas entre los grupos armados por imponer sus

7. Un planteamiento similar, aunque orientado al estudio de las culturas populares en América Latina, puede rastrearse en el trabajo de Jesús Martín-Barbero (1998) y su propuesta de “mapa nocturno” para comprender la opacidad de los discursos sociales, la relevancia de los procesos simbólicos en la política y la producción de sentido de los sectores populares como otros modos de leer y narrar, enmarcados en los conceptos de matriz cultural, competencias culturales y prácticas cotidianas de la cultura.

propios códigos de verdad, justicia y orden e impedir cualquier intento de resistencia de la población, el discurso público no lo explica todo. A este discurso se le entrecruza una variedad de recursos ocultos y oblicuos de habla, consensos aleatorios, lealtades transitorias, amenazas implícitas y obediencias vigiladas que cohabitan y compiten con el uso más visible del “teatro del poder” y con los órdenes supuestamente más verdaderos y universales del discurso público.

Para desarrollar este argumento, el trabajo está dividido en tres partes. La primera intenta explorar las tensiones que existen entre el discurso público y el discurso oculto en escenarios caracterizados por el ejercicio arbitrario del poder. Se recalca que la visibilidad pública del poder, así como los operadores autorizados de esa visibilidad, viven en una permanente tensión con un discurso oculto, no-oficial, que, de manera ambigua y contradictoria, resignifica sus propios relatos de la desigualdad, la tenacidad, la esperanza y el olvido, en una lucha que es también por la significación.

La segunda parte pretende discutir en qué medida las voces oblicuas que emergen de los contextos dominados por el terror constituyen verdaderos aprendizajes políticos relacionados con la dignidad, la justicia y la autonomía, o son tan solo “válvulas de escape” que persisten como voces autobiográficas y discontinuas, que poco aportan a dinámicas de resistencia por cuanto el debate público que promueven es débil, fragmentado y parcial. Se plantea que si bien el discurso público no lo explica todo, pensar en procesos de reconciliación nacional pasa por la necesidad de desatar las voces ocultas y las memorias atrapadas por el miedo y el silencio mediante formas de acción política y cultural que posibiliten la visibilidad del discurso oculto en la escena pública.

La tercera parte pretende dibujar, a partir de lo anterior, una agenda de investigación que implique asumir las complejidades de la comunicación política, entendida como un concepto histórico y cultural que no está definido por una esencia natural, sino por su ubicación en el interior de estructuras culturales, políticas e históricamente construidas que lo dotan de sentido y condicionan su uso; lo que a su vez permite re-visitar los alcances mismos del concepto a partir del reconocimiento de las transformaciones y cambios de las cartografías sociales y culturales de la política, la comunicación y el conocimiento. Se propone, por tanto, asumir la comunicación política como un objeto-problemático-a-estudiar (Somers: 1997, pp. 31-94) que se convierte él mismo en un objeto de preocupación y análisis.

Las visibilidades del poder

En un bello libro dirigido a estudiar los callejones por donde se mueven y entrecruzan las relaciones de poder y resistencia en sociedades estratificadas y estamentales, Scott muestra cómo a pesar de que el proceso de dominación produce una conducta pública hegemónica –de exhibición, disciplina y vigilancia–, dirigida a monopolizar la interpre-

tación de los hechos, sus “muros de contención” son más bien móviles y porosos. En ellos también habita un discurso oculto (Scott: 2000, pp. 137-204), el de los dominados, que no solo se ve obligado a eludir o desafiar la mirada intimidante de los poderosos desde los laberintos del disfraz, la ambigüedad y el anonimato, sino que le toca luchar por la creación, ocupación y sostenimiento de espacios sociales de disidencia desde los cuales hablarle al poder, incluso, desde sus propios términos; esto es, desde prácticas cotidianas que no se enfrentan abiertamente con el poder, sino que lo contraponen detrás de la arena pública: allí donde los miembros del coro ensayan las partituras con “lecturas aberrantes”.

Esto es así en la medida en que en este tipo de sociedades las funciones del discurso público no están orientadas a hacer visible el poder, valga decir, a debatirlo e interpelarlo de manera libre y autónoma, sino a convencer a las élites que realmente lo tienen, sin la necesidad de dar explicaciones. Lo que a su vez configura, según Scott (2000, pp. 71-96), una “dramaturgia de la dominación” que se caracteriza por la exhibición respetable del poder y la represión de cualquier cuestionamiento público a los regímenes oficiales de verdad, y cuyas funciones van desde el ocultamiento de todo cuanto pueda empañar la versión oficial y la grandeza de los poderosos; el eufemismo que trata de borrar todo signo negativo en las prácticas y discursos que circulan por la esfera pública; la unanimidad que pretende reducir al mínimo los conflictos, desacuerdos y discusiones del bloque de poder frente a la mirada pública; hasta las ceremonias y los desfiles en cuanto ritos formales que buscan demostrar que el sistema de dominación es estable y duradero.

Guardadas las proporciones con ciertas dinámicas del conflicto armado en Colombia que, a su vez, se relacionan con la producción del terror, el horror y el sufrimiento, así como con los efectos de sentido que estas dinámicas generan en amplios sectores de la población, sucede algo similar. De ahí que el ejercicio sistemático del terror contra los más débiles y las disputas por el control de territorios y recursos económicos, políticos y culturales por parte de los grupos armados que, o bien le disputan el poder al Estado, o bien defienden el *statu quo* imperante, no son discernibles si no comprendemos las densas tramas de sedimentación de la memoria, la justicia, el odio y el olvido con las que están elaboradas nuestras hablas, escuchas, gestos, temores y esperanzas.

Esta urdimbre del conflicto armado es tan profunda pero a la vez tan móvil y porosa, según las geografías del conflicto, y según los mapas de poder y de lealtades inestables que este configura⁸, que el discurso público-oficial no alcanza a explicarlo todo. A este discurso público se le contraponen un discurso oculto que, a diferencia del primero, no transita las grandes avenidas del poder, ni los vistosos pronunciamientos de los poderosos, sino que acostumbra producirse y circular en los callejones

8. Véase Uribe (2000, pp. 455-479) y Pecaat (2001, pp. 185-278).

más íntimos de la existencia: allí donde el poder puede ser desafiado y eludido, no de frente, sino por medio del relato, la canción popular, la fiesta, los funerales, las marchas, la parodia, el chisme y el rumor.

Así, en ámbitos sociales y territoriales donde el ejercicio del poder no solo es arbitrario, sino violento y desigual, los dispositivos de enunciación del discurso público-oficial-hegemónico y sus tentaciones de fijar en la escena pública un único código común y un contrato totalizante de lectura, que pretende determinar de antemano cómo deben nombrarse las cosas y los modos en que estas deben ser recibidas y comprendidas por los demás, viven en permanente yuxtaposición y entrelazamiento con un discurso oculto, no-oficial, que, de manera ambigua y contradictoria, resignifica sus propios relatos de la violencia, la escasez, la desigualdad, la tenacidad, la esperanza y el olvido.

Nos referimos a esa amalgama de estrategias discursivas y prácticas cotidianas que, a pesar de ser lo bastante usadas y conocidas, gracias a su comunicabilidad de boca en boca por los escenarios de los dominados, no puede (por la intimidación y represión de que es objeto) ingresar a los contornos públicos de la acción política para disputarle al poder las batallas por la significación; pero que, a la vez, escapa a la fusión ideal emisor-receptor impuesta “desde arriba”, ya que también habla “otra” lengua y posee otras prácticas culturales de cristalización popular de la memoria.

Se trata, por tanto, de un discurso informal que, por la misma intimidación y efectividad amenazante de los “señores de la guerra”, ha aprendido a hablar desde la voz oblicua⁹, esa infrapolítica aparentemente despolitizada de la que tienen que hacer un uso táctico, como práctica de subsistencia, quienes sufren las arbitrariedades del poder: aquel residuo de voz horizontal que intenta ser oída y comprendida por “otros como yo”, y que, al mismo tiempo, espera no ser reprimida; esto es, que habla sin hablar, que mira sin ver y que sobrevive a través de formas muy discretas de comunicación y resistencia contra la humillación y el ultraje de los armados.

9. Sobre este punto, véase a Guillermo O’Donell, quien hace un interesante análisis de las reconfiguraciones de la vida pública en Argentina bajo la dictadura militar a partir de la relación que él establece entre tres tipos de voces que caracterizan el intercambio político: la voz vertical, la voz horizontal y la voz oblicua. Según O’Donell (1997, pp. 147-164), en un régimen altamente represivo y autoritario, los poderosos se dirigen a sus súbditos y solo les permiten una voz vertical muy tenue y estrictamente controlada, pero, sobre todo, prohíben la estructura dialógica implicada por la voz horizontal, es decir, el supuesto de que todos tenemos el derecho de hablar con otros sin correr el riesgo de ser sancionados. Es aquí cuando emerge la voz oblicua, ese tipo particular de voz horizontal que intenta ser oída y comprendida, al mismo tiempo que espera no ser percibida por sus agentes. De este autor también se retomará el concepto de “zonas grises” para dar cuenta de las visibilidades opacas del conflicto armado y, en consecuencia, de la comunicación política en Colombia.

Lo anterior para advertir las restricciones que arrastran los análisis de la comunicabilidad o no del conflicto bélico en Colombia, de sus múltiples voces, agentes, expresiones y escenarios, de sus discursos públicos y ocultos, al estudiar únicamente las prácticas político-militares y las estrategias discursivas de quienes ejercen efectivamente el poder, así como el comportamiento de los medios de comunicación con respecto al enfrentamiento armado. Como si la única comunicación posible del conflicto armado en este país fuese la que proviene tanto de quienes tienen legitimidad para hablar, están autorizados para hacerlo o han ganado su derecho a hablar a punta de fusil, como de los operadores tecnológicamente especializados de la visibilidad pública –los medios– y los profesionales dedicados a la producción del acontecer social, los llamados periodistas; y como si los únicos efectos de sentido estuviesen en los aparatos del poder y en los operadores de la visibilidad pública de ese poder¹⁰.

La comunicabilidad del conflicto armado en este país pasa entonces por distintos rostros, por diversos discursos y por variados callejones. Se trata de una comunicabilidad del conflicto, o si se prefiere, de una compleja naturaleza conflictiva de la comunicación, que no solo configura y reconfigura una esfera pública de visibilidades abiertas al escrutinio del público, sino diferentes espacios privados de recepción e interpretación desde donde se vive cotidianamente la experiencia de compartir el código común de los poderosos, así como su negociación y resistencia. Pero, sobre todo, es una comunicabilidad que se instala en complejas “zonas grises” de intersección donde se cruzan contaminadamente las demandas y los miedos, las acciones y el silencio, la memoria y el olvido, la justicia y la venganza; esto es, donde convergen las esferas más públicas y más privadas de la existencia.

¿Cómo analizar, entonces, las visibilidades públicas del poder en contextos de miedo, hostilidad y terror? Aquí es necesario advertir que la efectividad del poder no depende exclusivamente de la exhibición en público o de la exposición mediática de quien lo detenta o aspira a hacerlo. Si bien la dramaturgia del poder contiene una actuación respetable e intimidante que se expone ante los demás como un gesto simbólico de la dominación, hay que tener en cuenta que esa actuación también transita por unas regiones vedadas al escrutinio público.

Esto es así en la medida en que el poder conserva para sí unos perímetros protectores de acción y decisión que en tiempos de sometimiento social o de confrontaciones bélicas suelen exacerbar mucho más sus zonas de invisibilidad pública o, al menos, de opacidad estratégica con respecto a los métodos y asuntos mediante los cuales se gestiona y administra el consentimiento social, incluida la opinión pública¹¹. El propósito de estas zonas de opacidad es que las miradas indiscretas provenientes de formas públicas de reflexión y variantes de crítica democrática no afecten

10. Para una ampliación de esta problemática véase también Rey (1998).

11. Véase Bobbio (1986, pp. 65-83).

las medidas tomadas y por tomar. Así, la escasa y controlada visibilidad mediática de los poderes basados en la arbitrariedad se compensa con el generoso constreñimiento comunicativo que imprime su terror en las esferas públicas de carácter local y regional: “de eso no se habla”, al menos no en público. Con lo cual son el “discurso oculto” y “la voz oblicua” los dispositivos de enunciación que terminan menos atemorizados para hablar de su poder, siempre y cuando se haga “bien bajito”.

En estas zonas de opacidad del poder en las que, por una parte, se exhiben controladamente sus ceremonias, rituales y actuaciones emblemáticas, y, por la otra, se reprimen o confiscan las acciones, prácticas y discursos que no conviene mostrar, los medios de comunicación pueden ser analizados como lugares de contienda entre fuerzas sociales que disputan relaciones más amplias y complejas de poder en la sociedad. Esto es, no agotan la complejidad de regiones, entrecruzamientos y zonas de intersección que conforman eso que llamamos la esfera pública. Por tanto, la centralidad que estos adquieren como operadores de la visibilidad pública autorizada debe cotejarse con el acceso y el posicionamiento diferenciado que los distintos proyectos, grupos y sujetos sociales ocupan en las variadas esferas públicas y privadas de la sociedad.

El hecho de que los grupos subordinados ocupen una posición marginal y folclorizada en las visibilidades más hegemónicas de los medios de comunicación no se debe tanto a su incapacidad para acceder a formas más avanzadas de acción política (que, a su vez, les permitan disputar las significaciones dominantes que se fijan y circulan por la esfera pública mayor), sino a que estos ocupan una posición central en la esfera complementaria y subordinada del poder¹²; lo cual hace que las actuaciones cotidianas de los dominados tengan que adoptar distintos recursos de habla, aparentemente defectuosos, ante los peligros que conlleva “hablarle claro al poder”. Así, el protagonismo de los medios de comunicación es paralelo a la existencia de otras temporalidades y espacios sociales no acotados por ellos, pero con los cuales están en permanente intersección.

Por eso, más que sobredeterminar el poder de los medios de comunicación en la configuración de la esfera pública, debemos reconocer que en sociedades tan desiguales como las que vivimos, donde los consensos son tan precarios y las fuentes de producción y reproducción social, política y cultural de los sujetos no tienen puntos fijos (ni siquiera los medios de comunicación son puntos fijos), estos, con la televisión a la cabeza, entran a competir con sus imágenes, relatos y discursos en un mercado simbólico ampliado, pero también restringido y ambivalente, de mediaciones, referentes e ideologías que se yuxtaponen con otra serie de experiencias y mundos de vida cotidianos. Allí, esos mismos sujetos que se repliegan en los medios, también construyen sus significaciones a través de otras fuentes, prácticas y rituales con las que se informan, imaginan, exageran,

12. Este argumento proviene de Pierre Bourdieu, citado en Morley (1996, pp. 330-333).

odian, aman, evaden y enojan no solo por lo que muestran los medios, sino por lo que también dicen esos espejos fragmentados de su vida diaria, esos que hablan de lo que significa vivir de arrimado, no tener plata para el arriendo, tener a un marido borracho, vivir en un pueblo o en un barrio donde mandan los “señores de la guerra”.

De las voces oblicuas a la palabra pública

Ahora bien, si, como afirma Scott, el discurso público no lo explica todo, y a este se le contraponen una serie de prácticas cotidianas y procedimientos discursivos de encubrimiento lingüístico, códigos ocultos y voces oblicuas que buscan renegociar discretamente las relaciones de poder, detrás de la tribuna pública, lo que habría que preguntar también es por las consecuencias de estas formas de resistencia popular en la configuración de escenarios de visibilidad pública desde donde sea posible interpelar el poder de una manera más igualitaria, así como en la consecución de conquistas políticas por parte de los sectores sometidos a situaciones de humillación, terror y hostilidad.

¿Cómo romper el silencio y aumentar el tono con el que habla el discurso oculto y de qué manera sacar las memorias autobiográficas de los contextos de extrema discreción? En este punto vale la pena recalcar que en la medida en que el conflicto armado se descuelgue hacia lógicas –cada vez mayores– de hostilidad, miedo y terror estaremos asistiendo no solo a mayores grados de concentración del poder, sino a una proliferación de prácticas cotidianas, hablas y escuchas que bien pueden sobrevivir a las humillaciones, hostilidades y ultrajes de los que ejercen el poder, a partir de formas muy discretas de comunicación y resistencia, siempre con la condición de “hablar bien bajito”.

El problema con estos discursos ocultos y voces oblicuas es que también podrían hacer parte de ese remolino que Daniel Pecaute (2001, pp. 227-256) llama las implicaciones de la banalización del terror y del envilecimiento de la confrontación armada en la experiencia cotidiana y el tejido social de la nación. Una de estas consecuencias está asociada a la dificultad de articular un relato colectivo de nación que se sustituye por una narración discontinua y fragmentada de microrrelatos que se viven como la historia de cada quien: familias, grupos y sujetos que lloran en privado a sus muertos y hacen sus duelos de manera particular, en sus entornos domésticos¹³.

La otra consecuencia se relaciona con la impotencia y la pérdida de la capacidad de los individuos para expresarse y afirmarse como sujetos de su propia vida. Situaciones que se traducen en lo que Pecaute (2000, pp. 76-80) denomina una “dislocación de la opinión pública”, que apenas sí alcanza a generar ámbitos públicos de indignación en la medida en que las acciones rutinizadas de la violencia se convierten en hechos

13. Sobre esta temática del duelo como un asunto social y colectivo, véase Uribe (2003, pp. 9-25).

espectaculares, o cuando son acciones revestidas de una dimensión simbólica mayor, como es el caso de los magnicidios. El discurso oculto corre ambos riesgos.

Crítica que también comparte la analista cultural Erna von der Walde cuando llama la atención sobre la necesidad de ensayar nuevas narrativas de la violencia en el país sin que esto implique una reducción simbólica del “otro”. Al preguntarse si “¿pueden las víctimas del terror, los miembros de las familias de los asesinados, masacrados o secuestrados comunicar su situación?” (2001, p. 8), esta autora propone un interesante cuestionamiento de aquellas narrativas mediáticas, periodísticas y literarias que suelen representar a quienes son portadores del poder desde fórmulas retóricas que evitan el exceso de adjetivos y los ubican en los roles de individuos que actúan, toman decisiones, conducen y controlan; mientras que los demás sectores de la sociedad suelen ser presentados mediante estructuras narrativas que, o exacerban la fatalidad, el sufrimiento y la resignación, o reducen al “otro social” a lo irracional y al perfecto cuadro de costumbres, pero nunca como poseedor de un discurso y de una racionalidad. Así, “la violencia en los mundos de vida de los indígenas, los negros, los pobres, las mujeres y los niños, aquellos considerados históricamente como apenas humanos, carece de narrativa. No es que no tengan historias que contar. Lo que quiero decir es que estas se organizan y categorizan según los discursos dominantes de manera que se amordazan, se manipulan, o simplemente se ignoran” (Von der Walde: 2001, p. 9).

Hablamos de ese acumulado de violencias que, ante la imposibilidad de narrarse públicamente, reconocerse socialmente y encontrar espacios institucionalizados de diálogo y discusión¹⁴ persisten no solo como traumas individuales en los laberintos de la memoria individual de las víctimas, familiares y dolientes, sino como voces autobiográficas almacenadas en la trastienda de la memoria colectiva de la nación. Por tanto, si queremos pensar en procesos que permitan recomponer las relaciones de poder, reconstruir los duelos suspendidos de los humillados, conjurar el olvido y avanzar hacia procesos de reconciliación nacional (Sánchez & Wills: 2000, pp. 21-30), habría también la necesidad de indagar por la puesta en público de las palabras de los oprimidos, esto es, por el derecho que estos tienen a narrar sus historias de pérdidas, dolores y esperanzas en escenarios donde dichas palabras puedan ser pronunciadas y escuchadas por “públicos amplios y, eventualmente, contrastadas, complementadas o criticadas por otros” (Uribe: 2003, p. 17); nos referimos a la necesidad de desatar las voces ocultas y las memorias atrapadas por el miedo y el silencio mediante formas de acción política y cultural que posibiliten la visibilidad del discurso oculto en la escena pública.

Formas de acción política y práctica cultural que requieren, además de la cristalización de espacios públicos de diálogo y debate, la produc-

14. Véase Vélez (2003, pp. 29-51).

ción de rituales y conmemoraciones como lugares del relato y del duelo colectivo, como dramaturgias renovadas de la interacción social y ámbitos de pedagogía política que aprendan de las lecciones del pasado, y en los que los operadores especializados de la visibilidad pública, como son los medios de comunicación, participen al mostrar el mismo respeto por el dolor y el sufrimiento que expresan frente a los rituales del poder¹⁵. Pues, como afirma María Teresa Uribe, las sociedades que han vivido situaciones de guerra y violencia endémica, que se enfrentan al dolor y al sufrimiento de las víctimas, necesitan no solo conjurar el olvido, romper el silencio y hacer público el dolor, sino elaborar el duelo. Un duelo que según Uribe:

Debe ser social y colectivo y debe ser enfrentado a través de la recuperación de la palabra y la memoria histórica; un duelo que exige reparaciones económicas, claro está, pero también políticas, éticas y culturales mediante las cuales las víctimas y las gentes que habitan estos territorios puedan incorporar sus historias personales y familiares, sus dolores privados e individuales, en contextos explicativos más amplios, e interpretar y otorgarle así un sentido a las situaciones trágicas que han vivido (Uribe: 2003, p. 10).

Pero sacar de los cajones del silencio, donde fueron confinados los relatos, las voces y las memorias de quienes han sufrido las arbitrariedades del poder y se han convertido en sus víctimas, directas e indirectas, no implica tildar de insignificantes los murmullos, refunfuños y prácticas de ocultamiento que allí han tenido que habitar ante el riesgo que implica cualquier enfrentamiento directo con quienes tienen los recursos de la fuerza. Como afirma Scott, más que un prólogo a una acción política mayor, más organizada y realmente importante, lo que el arte de la resistencia nos enseña es que el iceberg que tenemos a la vista tiene un continente sumergido que es una condición de su potencia. Se trata de una prehistoria que explica su capacidad de producir conquistas políticas. Así, la primera declaración pública del discurso oculto: “habla en nombre de innumerables subordinados, grita lo que históricamente había tenido que ser murmurado, reprimido, ahogado y suprimido” (Scott: 2000, p. 267).

Otras agendas, otros escenarios de la comunicación política

¿Qué reflexiones podemos extraer de este recorrido para proponer una agenda de investigación sobre la comunicación y la política que, sin anular la mirada hegemónica de las campañas políticas y procesos electorales, vuelva acaso más compleja esta relación? Es preciso reconocer entonces que la comunicación de la política en nuestro país lleva a considerar el complejo entramado de discursos, narrativas, repertorios,

15. Una reflexión interesante sobre el papel de la televisión en los rituales y las conmemoraciones del poder, se puede cotejar en Ignatieff (1999, pp. 15-37).

dramaturgias, estrategias, prácticas de comunicación y circuitos por medio de los cuales instituciones, grupos, individuos y categorías sociales luchan, compiten y se yuxtaponen entre sí con el fin de acceder/hacerse visibles/ocultarse/imponer consensos/actuar en el escenario multiforme, no solo de la esfera pública más “oficial”, sino en subesferas y microesferas públicas no oficiales –en oposición, contradicción o complicidad con las más hegemónicas– e, incluso, en los bordes fronterizos entre la vida pública y la vida privada.

Esta conceptualización puede ser útil en la medida en que ayuda a incluir las opacidades por donde se mueven muchas de nuestras guerras, conflictos y violencias. De ahí que en lugar de preguntarnos por los regímenes de visibilidad/invisibilidad de nuestras guerras y violencias desde una idea de comunicación centrada en la preocupación por lo que hacen o dejan de hacer los periodistas, como si fueran agentes totalizadores, por fuera de la historia y más allá de los conflictos, lo que habría que empezar a interrogar son las relaciones y alianzas contingentes que los actores y discursos más legítimos establecen con otro tipo de actores y discursos menos legítimos en las macroesferas y microesferas públicas de la sociedad. ¿Qué tipo de régimen comunicativo es el que allí se configura?

Se trataría, por tanto, de avanzar en un tipo de reflexión que procure incluir las zonas donde se encuentran, entrelazan y yuxtaponen los actores, escenarios y conflictos con las formas, dispositivos, estrategias, repertorios y recursos de comunicación, masivos o no, institucionales o no, que ponen a significar la política en un contexto y un tiempo específicos. Una agenda de debate en esta dirección implicaría comenzar a discutir sobre el tipo de régimen comunicativo que habita esas “zonas grises” de la política, la guerra, los conflictos y las violencias en nuestro país. Todo lo cual llevaría a preguntar por:

- Las prácticas y estrategias comunicativas de los actores en situaciones de conflicto y/o confrontación bélica, esto es, sus lenguajes, dispositivos y repertorios de significación (boletines, volantes, graffitis, panfletos, folletos, revistas, páginas Web, programas de radio y televisión, entre otros), las redes comunicativas de las que hacen uso para movilizar recursos de adhesión, identidad y gestión de la “opinión pública” en zonas de conflicto, o en espacios mediáticos de alcance local, regional, nacional e internacional.

- Las maneras desiguales en que están distribuidos en nuestra sociedad los perímetros protectores de la privacidad y la intimidad, según las clases, roles y categorías sociales, la raza y la cultura (Damata: 1989, pp. 111-117). Si se es mujer, pobre, campesina, desplazada y viuda, por ejemplo, los riesgos de que la cámara de televisión invada hasta las lágrimas y los rincones más íntimos del sufrimiento serán mucho mayores que si se es hombre, con posición social, trabajo calificado y habitante urbano de barrios residenciales. ¿Qué tipo de narrativas del sufrimiento, el dolor, el duelo, la venganza, la reconciliación, el perdón y la actuación individual y colectiva subyacen a estos nuevos/viejos procesos de recomposición de

la esfera pública y de protección desigual de la intimidad ante la violación pública del mundo privado de los ciudadanos?

- Las narrativas del miedo y la sospecha, así como las viejas/nuevas demandas de ley, orden y seguridad que se cuelan en las informaciones periodísticas que dan cuenta de nuestros conflictos y violencias. ¿De qué relatos periodísticos están hechos nuestros miedos e incertidumbres y qué demandas de solución generan? Pero también las narrativas del dolor, el sufrimiento, la memoria y el olvido con que están hechos esos relatos periodísticos, así como sus iconografías y sus tramas visuales de la fatalidad y la resignación que convierten en un primer plano el dolor de las víctimas y los desposeídos, y simplemente plano general a los victimarios, cuando estos tienen capacidad de poder e intimidación.

- Las rutinas periodísticas y los valores ideológicos que subyacen en las decisiones para seleccionar, procesar y elaborar noticias sobre las violencias y los conflictos, la guerra y la paz. ¿Qué tipo de cultura profesional hay allí? ¿Cuáles son los valores-noticia que se legitiman para hacer noticia la guerra, el conflicto y la violencia? ¿A qué modelos y matrices culturales, de larga duración, acuden esos valores noticiosos para impactar al público, para convertirse en sentido común y dotar de significación la cotidianidad de las personas, para generar adhesión, complicidades o rechazos?

- Las tecnologías de la vigilancia y su marcado acento no solo para escudriñar las acciones de los menos poderosos, quienes han de ser observados, disciplinados y juzgados, sino también para delimitar con implacable precisión, sobre todo en ámbitos de la delincuencia urbana, las “guaridas” donde se esconde el criminal, el extranjero, el portador del miedo y la sospecha, así como los territorios del terror de los cuales este es “amo y señor”, a través de la ubicación estratégica de una cámara de video que lo registra y lo delata. Tecnologías de la vigilancia que habría que analizar a partir de sus estrechos vínculos, no solo con formatos y géneros televisivos como los *reality shows*, los docudramas, el caso periodístico (Mata: 2001, pp. 347-363) y los programas institucionales de los aparatos de seguridad del Estado (que han convertido en representación mediática su lucha contra el crimen y el delito), sino también con el reforzamiento del “pánico moral” de la población¹⁶, y con el uso estratégico que las corporaciones económicas y las instituciones de control social hacen con los datos personales a través de sistemas y redes de información.

- La gestión mediática de la opinión pública, y sus relaciones con este nuevo modelo sondeocrático y plebiscitario de administrar la política –y la información–. Modelo de gestión política e informativa donde las desigualdades y los conflictos entre clases y categorías sociales quedan suspendidas en el dato prefabricado del saber experto que busca res-

16. Un trabajo pionero en establecer estas relaciones se encuentra en Hall (1978).

puestas inmediatas que adhieran o rechacen, digan sí o no, exijan pena de muerte, castigo ejemplar, menos derechos y libertades públicas, más orden y seguridad; y donde los políticos y los periodistas se convierten en unos “operadores de datos” más (Mata: 2001, p. 356). ¿Qué tipo de operaciones hacen con esos datos?

Por tanto, sin una comprensión más profunda de los procesos que enmarcan, tanto el tejido comunicativo de la política, como las dimensiones políticas de la comunicación, y sin una concepción más amplia de las dinámicas de producción, circulación y recepción de allí están comprometidas, podemos correr el riesgo de seguir sordos a las densas tramas con las cuales están elaboradas nuestras hablas, silencios, escuchas, gestos, temores y esperanzas con respecto a lo que somos y deseamos ser, simplemente porque de eso no se habla.

Referencias bibliográficas

- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bonilla, J. I. (2004). Re-visitando el concepto de comunicación política. En *Mediaciones*, 3, 85-94.
- Damata, R. (1989). A propósito de microescenas y macrodramas: notas sobre el problema del espacio y el poder en Brasil. En *Nueva Sociedad*, 104, nov.-dic., 111- 117.
- De Certeau, M. (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México: Universidad Iberoamericana, Iteso.
- Del Rey Morato, J. (1996). *Democracia y posmodernidad. Teoría general de la información y la comunicación*. Madrid: Universidad Complutense.
- Edelman, M. (1991). *La construcción del espectáculo político*. Buenos Aires: Manantial.
- Fraser, N. (1997). *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad de los Andes.
- Gauthier, G., Gosellin, A. & Mouchon, J., (1998). *Comunicación y política*. Barcelona: Gedisa.
- Habermas, J. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Hall, S. et ál. (1978). *Policing the crisis. Mugging, the State and law and order*. London: Macmillan.
- Ignatieff, M. (1999). *El honor del guerrero*. Barcelona: Taurus.
- Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Mata, M. C. (2001). Entre los márgenes y el centro. Comunicación política de los conflictos sociales. En Jorge Bonilla & Gustavo Patiño, (Eds.), *Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Monzón, C. (1996). *Opinión pública, comunicación y política*. Madrid: Tecnos.
- Morley, D. (1996). *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- O'Donell, G. (1997). *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
- Pecaut, D. (2000). Opinión pública, violencia y memoria histórica. En *Revista de El Espectador*, 8, 76-80.
- Pecaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa.
- Rey, G. (1998). *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*. Bogotá: Fundación Social, Fescol, Cerec.
- Sánchez, G. Y Wills, María Emma (Comps.) (2000). *Museo, memoria y nación*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Museo Nacional, Iepri.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Somers, M. (1997). ¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos. En *Zona Abierta*, 78, 31-94.
- Thompson, J. (1998). *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Uribe, M. T. (2000). Las soberanías en disputa, ¿conflicto de identidades o de derechos?. En G. Sánchez y M. E. Wills (comps.), *Museo, memoria y nación*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Museo Nacional, Iepri
- Uribe, M. T. (2003). Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia. En *Estudios Políticos*, 23, 9-25.
- Vélez, J. C. (2003a). Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares. En *Estudios Políticos*, 22, 31-57.
- Vélez, J. C. (2003b). Una comisión de la verdad en la encrucijada colombiana. En *Estudios Políticos*, 23, 29-51.
- Verón, E. (1992). Interfaces. Sobre la democracia audiovisual evolucionada. En J. Ferry & D. Wolton (Eds.), *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (1998). Mediatización de lo político. En G. Gauthier, A. Gosellin & J. Mouchon, *Comunicación y política*. Barcelona: Gedisa.
- Von Der Walde, E. (2001). Colombia: un evento sin testigos o la imposibilidad de narrar la violencia. Ponencia presentada en la conferencia Las guerras de Colombia, Hemispheric Institute on the Americas, University of California, Mimeo.
- Wolton, D. (1992). Comunicación política: construcción de un modelo. En J. Ferry & D. Wolton, (Eds.), *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.